

«¡Venecia! ¿Cómo no se nos había ocurrido? Era el sitio exacto para una reconquista de los valores occidentales del Romanticismo». Entre los «enviados especiales» que la «prensa del corazón», entendida ésta en un sentido muy amplio, había despachado a Venecia figuraba nada menos que don José María Pemán, autor, al otro día, de un deslumbrante reportaje en las muy solventes y nacionales páginas de hucocogrado del «ABC», de Madrid. «¿Cómo no se nos había ocurrido?», preguntaba don José María. A pesar del hermético «silencio» mantenido por las familias de Natalia y Raphael, y a pesar de la despiñante maniobra de diversificación de los vuelos que debían tomar los invitados a la boda —unos fueron a Roma, otros a París y otros a Millán—, el hecho es que a la «prensa del corazón», bien porque hubiera intuido que Venecia es el sitio apropiado para una reconquista de los valores occidentales del Romanticismo o por alguna otra causa, se le había ocurrido perfectamente dónde debía celebrarse la boda. Para cuando Natalia, Raphael y los suyos quisieron llegar a Venecia, ya estaban allí los «chicos» de la prensa. El relato y la glosa que, en diversos periódicos y revistas, han hecho de la boda los reporteros, incluyendo el ilustre reportero-académico don José María Pemán, tiene un alto interés sociológico. La «crónica de la crónica» puede ofrecer apasionantes atisbos en nuestra realidad.

Hay que empezar por decir que no se trata aquí de enjuiciar el hecho mismo de la boda o las motivaciones personales de los contrayentes. Esto no constituye el campo propio del periodismo. No se trata de hablar de Natalia y Raphael, sino de recoger algunos aspectos de la crónica que se ha hecho de su boda. Y hay un tema que inmediatamente salta a la vista apenas se empiezan a leer las crónicas de la boda veneciana. Con independencia de los particulares sentimientos de los protagonistas, la ceremonia de la iglesia de San Zacarías se presenta ante todo como ejemplo de la «venturosa» alianza entre una mujer de la aristocracia y un «hijo del pueblo». Esta idea preside todos los artículos y reportajes publicados en torno a la boda. La nieta del conde de Romanones se casa con el hijo de un oscuro funcionario municipal de un pueblo andaluz, que luego fue «ferrallista» en Madrid, donde tuvo problemas para encontrar piso en que albergar a su familia. El «niño», como todavía se le llama, canta en el coro de una iglesia de la calle de Bravo Murillo, de la que es monaguillo, y trabaja en varios oficios, como chico de recados, aprendiz de sastre y finalmente botones en el estudio del compositor maestro

silla de pista

LA OTRA BODA DEL AÑO

Gordillo, del que sale promocionado a estrella de la canción y con una «ph» que sustituye a la vulgar «f» de su nombre.

Veamos algunos de los textos que la crónica nos ofrece a este respecto. Dice un periodista: «Ibamos en busca de la noticia sentimental del año. La aristócrata y el muchacho del pueblo que se abrió camino a puñetazos por la vida, a golpe de canciones y microsuros». Todos insisten en el origen «modesto» del cantante y, sobre todo, en la «sencillez» de la novia. ¿Habrá mejor cualidad para una aristócrata que ser «sencilla», especialmente cuando su novio es de origen «modesto»? ¡Hasta los turistas que estaban sentados en la plaza de San Marcos alaban esta cualidad tan española de la desposada! «¡Qué sencilla va!», exclamaban, según cuenta un reportero en una revista. Don José María Pemán repite en su reportaje la frase que había escrito en un artículo anterior: «Raphael tiene cara de niño bueno perdido en el bosque», aunque tampoco esta vez aclara de qué bosque se trata. Al ser entrevistado por un periodista acerca de su opinión sobre la boda, dice: «A mí, esta boda me ha parecido sencillamente maravillosa» —la boda, aclara el periodista, de una aristócrata de abolengo con un cantante superpopular de ascendencia modesta—. Y añade don José María: «Todavía quedan románticos en el mundo. Y diga usted

que yo defendí en los círculos sociales en que me muevo esta unión, en contra de algunos comentarios que escuché por parte de personas que la desaprobaban».

Luego, los aspectos sentimentales de esta unión tan vigorosamente defendida por el ilustre escritor monárquico. La idea de la vuelta al romanticismo lanzada por Pemán es recogida por todos los reporteros de la ceremonia. Según parece, costó trabajo convencer a Raphael de que montara en una góndola en compañía de Natalia, a fin de ser fotografiados en el «romántico» o, como dice un periodista, «bucólico» marco de Venecia. Se consiguió. Todo ayudaba a crear el clima, también «el alegre revoloteo de las palomas en la plaza de San Marcos». Durante la ceremonia, «los rostros de Natalia y Raphael exhibían la mejor de sus sonrisas», cuando el hispánico padre Zenobio, colector del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, en Méjico, pronunció unas palabras, al decir de Pemán en su artículo, «con gestos exuberantes». Cuando bendecía parecía un Prometeo cristiano que robaba las bendiciones del cielo como el otro el fuego del Olimpo. A decir verdad, don José María se reveló en su reportaje como un extraordinario «cronista de sociedad». Contaba, por ejemplo, que la persona encargada de darle el secreto billete para el viaje fue la hermana de Natalia, Matilde Figueroa, a quien él no conocía, aunque la reconoció «por los ojos». Y añadía esta frase: «Los marqueses de Santo Floro, tras el éxito de Natalia, habían editado a Matilde, que es como una Natalia en technicolor».

Todas las crónicas están llenas de las inevitables expresiones de «ecos de sociedad»: «La gentileza y simpatía» de la novia, su traje «deslumbrante», «con volantes imitación de bata de cola» («¿se puede pedir nada más españolísimo?»), el padre de la novia, «sonriendo a todos con su discreción y elegancia acostumbradas», etcétera, etcétera. Pero de nuevo es el ilustre académico el mejor cronista, porque a sus felices expresiones en prosa une la delicadeza del verso. No nos ha sido dado a conocer el texto íntegro del soneto que don José María dedicó a Natalia. Solamente un cuarteto, que reproducen algunos cronistas, entre ellos, su mismo autor. Dice así, y sirvan estos versos para cerrar mi pequeña «crónica de la crónica» de la otra boda del año:

«La Canción y la Plu-
[ma le entregan
[a la dalia
y al jazmín la blan-
[cura de la pura
[flusión.
Le pregunté a las flo-
[res: «¿Y Natalia?».
[«A Natalia
nos la ha robado, al
[paso, una
[canción...».

■ LUIS CARANDELL.

